

VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE JOSEFINA VICENS A TRAVÉS DE LA MIRADA Y ESCRITURA DE NORMA LOJERO¹

*Contamos historias porque finalmente
las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas.*

PAUL RICOEUR

[...] el relato está allí, como la vida.

ROLAND BARTHES

En una conferencia dictada en Londres en 1928, el escritor francés André Maurois situó al género biográfico en un vínculo entre el deseo de verdad que indica un razonamiento científico y la dimensión estética que le da su valor (cit. en Dosse, 2007). La cita resulta apropiada para hablar del valioso libro de Norma Lojero Vega titulado *Josefina Vicens. Una vida a contracorriente... sumamente apasionada*. La autora dedicó su tesis doctoral en Letras a estudiar la obra de Josefina Vicens desde una perspectiva hermenéutica, pero, a lo largo de su investigación, fue vislumbrando otras facetas de la vida de la autora que desbordaban el propósito del trabajo académico y despertaban su interés y curiosidad por conocer más sobre la experiencia vital de esta mexicana excepcional, por entonces escritora de culto para una cofradía de entusiastas admiradores que la habían leído en libros prestados o fotocopiados, pues su obra (mayoritariamente narrativa, muy breve y espléndida, que consta de dos novelas [*El libro vacío* y *Los años falsos*] y un cuento ["Petrita"]) no se encontraba en librerías —como solía y suele ocurrir (cada vez menos) con escritoras canónicas, pero no reeditadas.

1 Reseña de Norma Lojero Vega (2017), *Josefina Vicens. Una vida a contracorriente... sumamente apasionada*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 299 p. En adelante, cuando se cite este libro, sólo se indicarán las páginas entre paréntesis.

Así, pues, Norma Lojero se propuso escribir una biografía intelectual de la autora. Cabe resaltar la portada del libro, pues muestra a una Josefina Vicens madura, reconcentrada en sí misma, sin ningún adorno “femenino” y acompañada por un cigarro que muestra una de sus adicciones de siempre. El camino que transitó Norma Lojero para concretizar su proyecto fue largo y laborioso, porque consultó textos teóricos, ejemplos de otras biografías literarias, entrevistas periodísticas y los testimonios de quienes sí conocieron y quisieron a la autora: sus amigos y familiares. En la “Introducción”, la autora nos confiesa a las y los lectores potenciales no haber conocido en persona a la protagonista de su biografía y se lamenta por ello, pero, en cambio, afirma haber acumulado todo el material disponible junto a la lectura y relectura de su obra literaria, cinematográfica y periodística. También reconoce que, en la tarea de reconstrucción de una vida que supone la escritura de una biografía, no se encuentra segura de haber logrado su propósito de dibujarla, porque, a pesar del esfuerzo y el ahínco dedicados a esta empresa creativa, la vida de Josefina Vicens continúa siendo para ella “un misterio mayúsculo e inasible”.

La autora nos transmite su deslumbramiento frente a la lectura de las dos únicas novelas de Vicens, y nos comparte el descubrimiento de la única obra de teatro que ha dejado, titulada *Un gran amor*, donde también está presente esa profunda inquietud y curiosidad ante el tema de la muerte que la acompañó siempre, razón por la cual solía pasearse por el Panteón Francés para leer los epitafios e imaginar esas vidas olvidadas. La búsqueda de indicios sobre su vida la llevan a incursionar en la amplia trayectoria cinematográfica de Vicens como guionista, luego como sindicalista y, más tarde, como Presidenta de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas. Otras facetas que investiga son las de la analista política y la de la cronista de la fiesta brava. Incluso se menciona una casi desconocida vertiente poética que, según su biógrafa, proviene de “su madre y de su abuela materna”.

El historiador François Dosse, en su estudio sobre la biografía, la presenta como una “mezcla de erudición, de creatividad literaria y de intuición psicológica” (Dosse, 2007: 31). Por otra parte, Norma Lojero vincula el género biográfico con la historia “por la fidelidad al reconstruir los hechos, por la investigación que lo sustenta y por el grado de verdad que en ambos se exige”

(16). La autora nos recuerda la utilidad prestada, no sólo a la historia, sino también a la filosofía desde los tiempos de la antigua Grecia; además, la ensayista enfatiza que la biografía como género de escritura “exige la mayor de las fidelidades con la historia que narra, pero nunca deja de ser una recreación, una interpretación, y hasta una invención” (17).

Ya la crítica literaria ha señalado acertadamente la importancia que reviste el punto de vista o la perspectiva elegida por un autor al contar una historia de ficción o una historia de vida. Lojero tuvo muy claro, desde su investigación de fuentes, la importancia que otorga al relato la presencia de un narrador informado, veraz y, a la vez, distanciado de los hechos; sin embargo, la estudiosa reconoce que, en el transcurso de la escritura, “la voz de la Peque se fue asomando al tejido de su propia historia, al punto de ser ella quien contara su vida con la ayuda de aquel narrador que ya para entonces aparecía solo eventual y oportunamente para dar cauce a la biografía” (19). Pero no son sólo estas voces las que configuran las estrategias narrativas de *Josefina Vicens. Una vida a contracorriente... sumamente apasionada*, porque la larga y fructífera relación de la biógrafa con la literatura dramática y la experiencia teatral le permitieron recrear diálogos entablados entre la protagonista y los personajes de su entorno familiar, laboral y afectivo. Estas “escenas biográficas”, recreadas o imaginadas a partir de huecos en la información, dan un mayor dinamismo al texto biográfico y producen en la y el lector/lectora nuevos matices y contraluces vivenciales en torno a la vida y al contexto sociohistórico de una escritora que nació al filo de la Revolución mexicana, en noviembre de 1911, y murió en el mismo mes en 1988, por lo que se ubica en el México contemporáneo, lo que, a su vez, le permite a su biógrafa señalar las siempre lacerantes desigualdades sociales y arbitrariedades políticas que aquejan a México.

Norma Lojero se pregunta en la introducción: “¿Qué significa en la historia de nuestro país el que haya surgido un movimiento como el cardenismo, época fundamental en que vivió y trabajó Vicens?” (21). Como dato histórico recordemos que Josefina Vicens ocupó, simultáneamente, la Secretaría de Acción Femenil de la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Jefatura de la Sección Femenil de la Secretaría de Acción Agraria del Partido Revolucionario Institucional. Estas experiencias políticas y laborales están recreadas eficazmente en la biografía, así como sus inquietudes intelectuales; su amistad con poetas del grupo de los “contemporáneos”; su militancia, junto con otras feministas, para obtener el voto de las mujeres, así como su

pasión por la lectura, la pintura y la música. También es bueno recordar que fue cofundadora de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), y que en el año de su muerte fungía como vicepresidenta de la Sociedad de Escritores de México (SOGEM). En una entrevista para *Hojas Sueltas*, revista de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Vicens declaró de modo enfático: “Yo soy de izquierda, soy sindicalista, esa es mi ideología” (1984: 4). Su biógrafa exalta el lado rebelde y anticonvencional de la personalidad de Vicens, y afirma con convicción: “Nuestro país no es un solo México, somos muchos Méxicos” (24). Las frases elegidas por Lojero para titular su biografía representan la personalidad de su protagonista: nadar a contracorriente y vivir de forma apasionada se repiten y ejemplifican a lo largo de la narración.

La biografía de Josefina Vicens se estructura del siguiente modo: una introducción, seguida por cinco capítulos, precedidos por fotografías alusivas, y titulados: 1) “De Soller a Villahermosa”; 2) “Libertad que se inventa y me inventa cada día”; 3) “La Sangre de una cronista”; 4) “Sumamente apasionada”, y 5) “El morir es un silencio que tiene que ser escuchado”. El libro incluye un conjunto de fotografías provenientes de distintos archivos junto a los agradecimientos de la autora para todas las personas e instituciones que apoyaron el proyecto y permitieron que llegara a buen término, así como la bibliografía de las fuentes consultadas. La obra no sigue una cronología lineal, pero los capítulos giran en torno a una etapa existencial de Vicens, aunque los datos y experiencias crucen de una sesión a otra, retrocedan o se adelanten. El capítulo inicial ancla en lo geográfico, y en las migraciones y mudanzas: del puerto catalán de donde se embarca José Vicens Ferrel, el padre de la escritora, a la edad de 13 años, para encontrarse con unos tíos comerciantes vecinados en Juan Bautista, Tabasco. La originalidad de este comienzo —que, por otra parte, resulta tradicional por referirse al linaje— radica en la elección de la voz narrativa: la hija segunda ya adulta, quien ha recibido el nombre y la atención especial del padre —quien, presumiblemente, esperaba un hijo varón—, se dirige a éste en segunda persona con un *tú* cercano y cómplice a la vez; esta perspectiva se intercala con la de otro narrador de tono neutro que enmarca y completa el diálogo filial, contextualizándolo entre unas paredes blancas que podrían aludir a las páginas en blanco todavía por llenar.

La hipostasiada voz de Josefina alude a la herencia paterna recibida, calificándola de “brío, pasión, audacia”, mientras que la rama materna refiere a la de Sensitiva Maldonado, hija de maestro de escuela que dejara de ejercer

la docencia “cuando se casó para siempre” (como afirma García Márquez sobre uno de los personajes de *Crónica de una muerte anunciada*). De esa muy católica progenitora (quien, según dicen, fue maestra de Carlos Pellicer en Villahermosa) la herencia recibida consiste en “versos, de sol, de bullicio” (31). Josefina reconoce haber sido la más difícil de las cinco hijas y también la más cercana al cariño de su abuela materna.

Otro capítulo recrea los orígenes familiares y el traslado de la familia a la Ciudad de México tras varias escalas no convenientes, debido a los años turbulentos posrevolucionarios. Finalmente, el transcurso de la infancia y adolescencia en la colonia Roma, donde al padre le tocaba volver a empezar, y a ella y sus hermanas, cursar la escuela primaria. Josefina afirma que siempre supo que su vida tomaría otro cauce: “mi vida siempre iría a contracorriente” (36). Nuevamente, la voz narrativa extradiegética informa sobre los avatares del Valle de Anáhuac, en el pasado rodeado de agua y de canales condenados a desaparecer para asegurar el esplendor de los Palacios, y la megalópolis futura que también tratará de “navegar a contracorriente” según la visión presente de la autora implícita.

El capítulo final tiene como título “Palabras de la autora dedicadas a la muerte”: muerte de la protagonista en el balance final de una existencia libre, intensa y “apasionada”, que se corresponde con el cierre y, en consecuencia, con la muerte del propio relato biográfico. Este capítulo se abre con la voz de la narradora que da cuenta del regreso de “la Peque” a la Ciudad de México tras un largo viaje por Europa en compañía de Anita Blanch. Es el año en que se anima a “soltar” su primera novela para ser editada, aunque una y otra vez pide las pruebas de imprenta para volver, compulsivamente, a corregirlas, hasta que el linotipista le advierte que, si lo sigue corrigiendo, el libro se le va a secar. Según Lojero, “la Peque” comienza a escribir *El libro vacío* —“sigilosamente”, son sus palabras— en 1950, y obtiene el Premio Xavier Villaurrutia en 1958 (compitiendo con otras obras canónicas de la narrativa mexicana, como *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, y *Polvos de arroz*, de Sergio Galindo).

En este mismo capítulo se incluyen las presencias de escritoras amigas de “la Peque”, como María Luisa “la China” Mendoza, María Elvira Bermúdez, Amparo Dávila y la pintora Maka Czerniclew Dorantes, a quien dedica su cuento “Petrita”; también se incorpora el encuentro con su sobrina política Aline Pettersson, quien iniciaba su carrera literaria (sobrina de José Ferrell,

amigo y esposo de Vicens). Además, se inserta la presencia y el testimonio de su gran amigo Sergio Fernández, del director escénico José Luis Ibañez, y del pintor Juan Soriano, de quien tomará la anécdota que servirá de germen para su segunda novela, *Los años falsos*, y de cuyo cuadro “La niña muerta” (modelo de su citado cuento) fue a despedirse al Museo de Filadelfia antes de perder por completo la vista. Puede decirse que este apartado representa un verdadero “encuentro de personajes”. El capítulo se cierra con las citadas palabras de la autora que lo titulan: “el morir es un silencio que tiene que ser escuchado”.

Se retoman también unas conocidas palabras de la autora biografiada en distintas entrevistas: quería, al morir, poder darse la mano sin “dobles ni temores”, con “firmeza y lealtad, siempre fiel a sí misma” (273), propósito que cumplió a cabalidad, a pesar del sufrimiento por la ceguera de sus últimos años. Para finalizar, recordemos que, para el escritor François Mauriac, “toda biografía está novelizada y no podría no estarlo”. Norma Lojero Vega cumple con la difícil tarea de escribir la biografía de una escritora excepcional con una mezcla de prosa poética, tensión dramática y erudición ensayística que resaltan la sensibilidad y el profesionalismo que la sustentan.

BIBLIOGRAFÍA

- Dosse, François (2007), *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana.
- “Soy una hipócrita” [entrevista anónima a Josefina Vicens] (1984), en *Hojas Sueltas*, núm. 4, p. 4.

ANA ROSA DOMENELLA

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
ardomenella@hotmail.com

D. R. © Ana Rosa Domenella, Ciudad de México, enero-junio, 2021.